

## DESDE LO MÁS HONDO

Cuando metida en sí, sola ante Dios  
rompe el barro exterior de su dureza  
¡cómo se anega el alma en la grandeza  
del íntimo coloquio entre los dos!

Sube al pecho, que llora sin consuelo,  
el manar de la vena legendaria  
del agua prometida en la Samaria,  
¡que estalla en surtidor, saltando al cielo!

El agua viva, que brota en quien te ama,  
la que apaga la inextinguible sed,  
la he sentido nacer aquí en la trama

tan delicada y densa de la red  
de nervios y de sangre, que se inflama  
si no llega el caudal de tu merced.

## A TI VUELVO, SEÑOR

A tus plantas, Señor, estoy postrado;  
si débil e inconstante, un día, he sido,  
hoy espero de Ti, perdón y olvido:  
¡no me lo niegues Tú, mi dueño amado!

El demonio, quizá, por mí burlado,  
se aprestará a la lucha, enfurecido,  
al ver que, cuando estaba ya perdido,  
de sus garras tu Gracia me ha arrancado.

No me dejes, mi Dios, en la pelea,  
que sin Ti no es posible la victoria.  
Y, si vuelvo a dudar, Señor, que vea

tu gracia y protección, y que mi alma,  
sostenida por Ti, logre la palma  
como prenda segura de tu gloria.

\* \* \* \* \*

## COLOQUIO CON "PITA" (Una perra parturienta a la que robaron su cachorro)

I

¿Qué es lo que te sucede, hermana perra?  
Razón de tus aullidos lastimosos  
que desgarran el alma, dolorosos  
de un salvaje dolor, casi de guerra.

Hay algo en tus miradas que me aterra.  
Ojos escrutadores, no rabiosos  
que viven un gran drama y que, llorosos,  
empapan la yacija de la tierra.

¡Pobre mía! ¿Quién robó tu pequeño  
cachorrillo, que siendo tan amado  
por mil niños tan sola te has quedado?

Veo que el perro-padre, con empeño  
husmea entre las matas, por el prado,  
tratando de encontrar tu dulce dueño.

II

Tu esperanza, la razón de tu vida,  
el orgullo de madre cariñosa;  
tu olor a limpio y a jazmín y a rosa,  
rubí caliente en cama removida.

Amiga, hermana, no hay peor herida  
que la que has recibido. Presurosa  
miro cómo se quiebra tu lustrosa  
color de la hembra, recién parida.

Si te alivia la pena que yo siento  
leyendo la tragedia de tus ojos,  
más funesta, quizás, que un firmamento,

lleno de llamaradas y de rojos  
clamores de un irascible dios sangriento,  
heme a tu lado, aquí, casi de hinojos.

III

Lloremos juntos tu perdido hijuelo,  
cachorro jugueteón con los muchachos,  
que como él saltarines, vivarachos,  
se reían rodando por el suelo.

¿Quién puso negras nubes en tu cielo?  
¿Quién rompió su juguete en los mil cachos  
que han vidriado los ojos de esos guachos  
de mi escuela? ¡Él era su *Canelo*!

Más le valiera al tal, por mal nacido,  
la rueda del molino sentenciada  
por El que más amó al desvalido.

Pero dejemos eso en el olvido.  
Ven aquí, amiga mía, maltratada,  
que me hieren el alma tus quejidos.

## SOBRE "LO FATAL"

¡ Cuan diferente te contemplo ahora,  
árbol de soledad con secas ramas,  
después de haber sufrido las dolamas  
que irritan al dragón que nos devora!

Tus indumentos verdes, que a deshora  
fueron el pasto rojo de las llamas,  
han ardidido en catarsis de esos dramas  
que un destino fatal los corrobora.

Caen tus hojas sobre el frío suelo  
con que cubres tu cara entumecida,  
anunciando el retoño de un hijuelo.

Lloramos, como tú, con la caída  
fatal, savia agridulce en el majuelo  
que aturde nuestra mente confundida.

II

Mientras tanto, comemos y bebemos,  
que la lección de ti hemos aprendido:  
gozar la juventud tiene sentido  
hasta los días en que encanecemos.

Respeto al ser humano le debemos,  
como a los animales es debido;  
el reino vegetal no es preterido,  
que la ciencia oriental la conocemos.

Alguien guíe el instinto y dé sus frutos,  
como lo dan tus ramas, a montones,  
enormes y medianos, diminutos.

Se parecen a ti las ilusiones  
del ser humano propios atributos  
con temblor en sus ciegos corazones.

III

Pero ya te dispones a la nueva vida,  
que en ti florece cada año;  
pasó el invierno con su rostro huracán,  
y el solitario Adán tuvo su Eva.

Dará la higuera estéril tierna breva,  
y del vientre materno en los redaños  
romperán densas aguas en los caños  
y gárgolas que empujan de una cueva.

Viste otra vez la verde indumentaria  
con que te disfrutamos tiempo atrás,  
y rasga tu camisa funeraria...

Tu ejemplo seguiremos al compás  
de esa evolución, ya cuaternaria,  
que nos señala el ritmo a los demás.

## VANIDAD DE VANIDADES

¿Para qué te hizo Dios, amigo mío,  
tan simpático y dulce adolescente,  
capaz de no enseñar tus blancos dientes  
ante el humano absurdo en desvarío?

Recuerdo aquella escena en desafío,  
en busca de mi hermana, humildemente,  
en la que a mis palabras, obediente,  
se inclinó tu cabeza al albedrío.

Jugaba yo a ser hombre soberano,  
pleno de una ignorancia impresentable  
y de vagos instintos infrahumanos,

que anulan a los seres razonables.  
Se sellaron tus labios, y mi mano  
levantóse en un gesto imperdonable.

II

Apresuradamente, muchos años  
han pasado en las curvas de la vida,  
unas veces, dichosas; doloridas  
otras, con su ilusión, o desengaños.

La salud corporal, con crueles daños,  
abrió con sus cuchillos las heridas  
que aflojaron las fuerzas, y las bridas  
del brioso corcel fueron amaños.

¿Para qué las palabras de tu boca,  
que eran el musgo suave de la infancia,  
que lijaba asperezas en la roca?

¿Para qué tu sonrisa y la fragancia  
que emanaba en tu cuerpo con no poca  
embriaguez de recuerdos y distancia

III

Ver que el paso del tiempo presuroso  
todo lo va cambiando en el camino:  
unos dientes de leche en los caninos,  
dispuestos a morder de tan rabiosos.

¿Dónde ya aquellos días tan radiantes  
llegados a deshora y tan sin tino,  
que hemos calificado de "divinos"  
en el libro fatal de los amantes?

¿Para llegar al fin de la jornada, o  
cultos bajo pieles de pantera  
que nos hiere con sola su mirada?

¿Para parar en seco esta carrera,  
que en la meta final no vale nada,  
después de tanto afán y tanta espera.?

TUVIERA YO UNA VARA VERDE, AMIGO.

Tuviera yo una vara verde, amigo,  
tuviera yo una vara verde  
y me echara a caminar  
por los caminos...

No miraría nunca atrás:  
ni a la torre del pueblo,  
ni al rumor del molino,  
ni a las sonrisas blancas,  
que se tienden a secar  
en las márgenes del río...

Tuviera yo una vara verde, amigo,  
seguiría adelante,  
seguro de mí mismo,  
desnudando el paisaje  
con la mirada alegre de mi instinto...  
mirando al horizonte,  
abierto al gozo de mi canto limpio.

Tuviera yo una vara verde, amigo,  
y el campo, el horizonte y el camino blanco,  
¡todo, fuera mío!